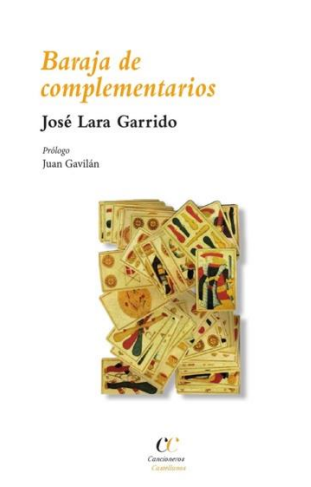


José Lara Garrido, *Baraja de complementarios*, Moalde (Pontevedra), Cancioneros Castellanos, 2019, colección “Una promesa de morir amando”, dirigida por José J. Labrador & Ralph DiFranco, 186 págs.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.11.2020.LXX-LXXV>

POESÍA Y FILOSOFÍA EN LOS ENCARTES DE *BARAJA DE COMPLEMENTARIOS*



Baraja de complementarios es un libro de poesía que debería empezar a establecerse ya como libro de culto tanto para literatos como para filósofos pues, en su inmensidad, abarca ambos universos de manera magistral. Su profundidad y su cuidado son semejantes a los que realiza un escultor tallando en la roca viva: lentos y bien pensados, cincelándose con ello hasta el último detalle.

La obra comienza en el paratexto, una vez que el lector lee el título. *Baraja de complementarios* es un homenaje y, al mismo tiempo, una contrafactura del poeta Antonio Machado, en particular de su obra *Los complementarios*. La baraja queda constituida, por cierto, desde el índice. No se trata, en este sentido, de una clasificación organizada, sino que realmente posee un hondo propósito desordenado, al igual que una baraja de cartas,

dotando el poemario, por tanto, de un valor lúdico. Su métrica, ora en orden, ora en desorden, vuelve a ser barajada una y otra vez. Su contenido, acerca de paisajes en la playa o atenazado por la muerte, son solo cartas en manos del vate: toda la obra es una metáfora en sí misma. Por eso, el libro empieza desde el ingenioso título, atravesando toda la obra hasta el final, constituyendo una baraja lírica. Esta baraja, que es todo el libro, es el todo, siendo más que la somera suma de las partes; mas pasemos a analizar ahora una a una estas cartas en forma de versos que nos invitan a mezclar en sus encartes filosofía y poesía.

La primera sección, “Entonaciones sentimentales sobre paisajes marinos”, presenta una concepción del tiempo humana. En este tiempo lo único de lo que cabe certeza es del presente, en el que el poeta está viviendo con plenitud en la playa de La Cortadura. El tiempo posee aquí varias imágenes con las que el autor se expresa, siendo de especial relevancia la figura del mar: “Rompientes del mar: / riscos despeñados, / sendero en zigzag”; “Como un toro encabritado / el mar, solo, / y frente al mar yo, desnudo / con mi dolor y mi dolo”. Los rompientes de las olas siempre siguen el mismo ritmo, no se detienen. Esta serie culmina con el mar desde la óptica de Machado, ese mar liberador, y prevalece la métrica alejandrina: del mismo modo que los trenes tienen un ritmo y Juan Ramón Jiménez trataba de capturarlo, las olas poseen el suyo propio y Lara Garrido tiene la voluntad firme de traducirlo por medio de su métrica. Esto le aporta sonoridad y unas reflexiones muy interesantes sobre la naturaleza, de manera que no se pierde ni la musicalidad ni la hondura del pensamiento.

En “Dudas de un racionalista en crisis” el autor arremete contra un racionalismo muerto, seco, que no deja de mortificar a la vida por medio de la abstracción del pensamiento. Concretamente, se dirige sin pudor contra Descartes en un ataque frontal, y sentencia: “Razón poderosa y fuerte: / ¿cómo razona el olvido / cuando escondes a la muerte?”. La reivindicación del presente sigue manteniéndose pura en esta recriminación. Lara Garrido esgrime la temática contra la corriente racionalista, a los que se les “escapa el instante”. Precisamente, por ese repetitivo pensar guiados por la Razón, han acabado olvidando la *presentificación* como dádiva. Desembarazarnos del absolutismo de la Razón es, en realidad, el propósito del proyecto desarrollado en esta segunda sección del poemario. Es muy necesario destacar que sus insinuaciones a multitud de filósofos resultan clamorosas. Por ejemplo, en su poema número 27 hace un guiño intelectual al octavo aforismo del *Tractatus logico-philosophicus* de Wittgenstein “Sobre lo que no podemos hablar

debemos guardar silencio”. Como dos gotas de agua, Lara Garrido propone lo siguiente: “de aquello que no se sabe / es lo mejor nunca hablar”.

En su tercera sección, “Ser en el tiempo y ser para la muerte”, de nuevo está el hilo conductor del presente: “Cómo alargas el futuro... / mientras presente a presente / te vas construyendo un muro”. El descubrimiento del ser en el tiempo —entendiendo el tiempo humano desligado del tiempo absoluto divino— es lo que está orquestando, de hecho, los versos del autor. Y el resultado es que el lector se descubra en el tiempo, se reconozca. Cuando esto sucede, la libertad de crearnos a nosotros mismos queda cimentada sobre la muerte. Lara Garrido utiliza el simbolismo cuando alude a los muros que son el futuro, que nunca llega a transformarse en presente. A tenor de esto, alega con enjundia: “Libertad, sí, libertad / edificada en arena / y en la muerte. Nada más”. En la arena todo lo que se edifica acaba sepultado, como nuestra libertad cuando nos topamos de frente con la muerte. Esto implica hallar que se es un ser caduco: es el inicio de la filosofía existencialista. Esta filosofía, que tuvo uno de sus momentos más álgidos con Martin Heidegger en *Ser y tiempo*, expuso que el ser humano tiene el rasgo distintivo de ser para la muerte. Es el suyo, por ende, un tiempo humano, no un tiempo de eternidad. Lara Garrido se postra en esta corriente filosófica para seguir escudriñando sobre la naturaleza humana. Así, la muerte solamente es nuestra condición de existencia, por lo que hay que aceptarla en vez de rechazarla, como bien ora su última estrofa: “La muerte, aceptada, / condición de vida / porque sin la muerte / tú no existirías”.

En la cuarta sección, “Conócete a ti mismo: Vieja y nueva pedagogía”, se centra en el valor del aprendizaje, pero no es un aprendizaje como el de la escuela, sino que es aprendizaje de la vida, y hay que hacerlo por uno mismo. Es conocerse, en fin, a uno mismo, onerosa tarea en la que el ser humano nunca se agota por más que se conozca. Al final, la vida es eso: conocimiento de uno mismo, de la baraja que nos ha sido dada, la cual conocemos solo por y para nosotros al reflexionar sobre quiénes somos y sobre quiénes queremos ser: “Aprendiz de la vida: / la palabra dada, / la entrega suicida”; o poniendo otro ejemplo: “Aprendiz de vida: / aprende a curarte / tú solo la herida”.

En “Del jardín cerrado a las flores simbólicas”, están, quizá, los versos más intrincados por los cambios de imágenes de la naturaleza plagadas en sus pinceladas de significados. El deslizarse entre las flores es ese ir y venir en la propia teatralidad de la vida. Es más: existe un pequeño juego referente al tiempo del día, desde el “almendro temprano” pasando por los “delirios del jardinero / en la plenitud del aura”, yendo casualmente a la “dama de noche” y cerrando con “Por entre el jardín / el acanto sueña / con tu porvenir”. Como

decía, podemos observar cómo se comienza desde lo temprano hasta el sueño como demarcación clara del final del día. Además, todo esto ocurre mientras las imágenes nos suscitan ir de un jardín cerrado a un lugar cada vez más abierto, provocando en el lector la sensación de ir desde un agobio por estar encerrado hasta la libertad indiscutible que hay en un terreno amplio rodeado de flores de dulces olores.

La sexta sección, “Prontuario de propiedades glosadas por un ornitólogo místico”, se inicia con la metáfora del pájaro, simbolizando la paz y libertad naturales y pasando por varias formas de ellas, como los pelícanos o el ave imperial, hasta terminar, por supuesto, en el ave fénix, no sin antes diseminar algunas reminiscencias relativas a la tradición mística española, cuyos mayores exponentes son Juan de la Cruz y Teresa de Jesús. Es bello contraponerlo, así, con la figura de la lechuza de Minerva como el autor hace, esa ave que ha pasado a la historia como animal de la sabiduría, la elogiada, recuérdese, por el propio Hegel. No obstante, el autor no ha encontrado nada en las sabidurías más tradicionales, por eso la última estrofa es tan importante, porque es cuando el poeta extrae la verdad de lo que tradicionalmente no es verdad, declarando que ¡“Fuera mitos”! como primer verso de esa estrofa, siendo el ave fénix y su renacer un mito que construye un cierre sorprendente e ilustrativo.

La siguiente parte es una reflexión sobre el *vita theatrum*. Su propio título, “Florete de tópicos y arquetipos: Del teatro del mundo y la teatralidad en la vida”, nos predispone a este tipo de reflexiones. Sus consideraciones minuciosas entran incluso en cuestiones del valor de la verdad: “Y la verdad, ¿es fingida? / Al menos en el teatro / de la vida”. Es por esto por lo que Lara Garrido se atreve con una tesis profunda y señala que la teatralidad no es falsedad, como acostumbramos a pensar; más bien es algo necesario para sobrevivir en este mundo. La verdad *necesita* ser teatralizada para poder ser más eficaz, más creíble, alega el autor.

En la octava sección, “Glosas a Lucrecio”, el autor demuestra ser un fervoroso conocedor de la filosofía de Tito Lucrecio Caro. En parte, se podría considerar la presencia de una indudable admiración por este autor en la escritura de Lara Garrido. Este hecho no debe sorprendernos, pues Lucrecio fue, precisamente, poeta y filósofo, tal y como propone el proyecto del literato. De Lucrecio le interesan, especialmente, sus consideraciones ontológicas, esto es, el atomismo materialista. De este modo, lo infinito e ilimitado aparece como una indeterminación: es nada. Justamente a esto se refiere Lara cuando dice: “El infinito sin partes, / la extensión ilimitada, / antífrasis impensable / de la nada”.

La sección que continúa es “En los márgenes: Un complementario cínico parafrasea y critica las *Coplas* de Jorge Manrique”. Por supuesto, el autor plantea, por un lado, algunos rechazos a los planteamientos de Manrique y, por otro, algunos apoyos. Glosando versos de Manrique, se va contestando idea por idea, tópico por tópico, al propio autor medieval. Prima en estas estrofas la originalidad, sin olvidar que continúa con el planteamiento de todo lo anterior. Esto es cotejable con la onceava estrofa, en la que inquiere: “*Andamos, ¿pero vivimos?* / Mientras ruge el corazón / los átomos van unidos”. Vemos, por tanto, cómo el atomismo lucreciano sigue presente en el texto. Solamente en las dos últimas estrofas, por cierto, no aparece ninguna frase de las *Coplas* de Manrique. El punto de disentimiento más profundo entre José Lara Garrido y Jorge Manrique es en lo tocante al valor de la vida. Manrique enfoca la vida en función de la muerte, planteamiento al que Lara se opone tajantemente como defensor a ultranza de lo vivo.

La sección que prosigue tiene un título similar por volver a ser una serie de consideraciones sobre un autor en concreto. En este caso se trata de “En los márgenes: Reflexiones culturalistas de un complementario de Machado” y el proceder es similar al anterior. En la primera estrofa del poema, decide citar un poema entero de Antonio Machado, cosa que no debería extrañar a nadie, dado que es este poeta el motor primero del presente libro. A partir de ese poema, se empieza a constituir la glosa en la que la importancia de la vida vuelve a ser el broche final, pues refiriéndose a las horas dice que en ellas mismas “tú mismo te fraguas”. De esta manera, el ser humano está inserto en su dimensión temporal, la cual el autor no había olvidado por ningún momento a lo largo de su obra. En ella nuestras elecciones nos hacen ser lo que somos y por eso, recuérdese, en el propio tiempo nos vamos haciendo a nosotros mismos. De entre todo lo que se forja en el fulgor del tiempo lo que acabará siendo primordial serán el corazón, los sentimientos y el aprender a sobrellevarlos diariamente: es la intimidad de lo cotidiano.

En la onceava sección, “Fragmentos de unas apostillas anónimas a *De la naturaleza de las cosas*”, volvemos a observar los rasgos lucrecianos en la filosofía del autor. En la obra más conocida de Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas*, se intenta liberar al ser humano de dioses y enseñarle que, aunque no los haya, en realidad no hay que tener miedo a la muerte. Esto mismo es lo que busca, al fin y al cabo, el autor desde el materialismo atomista lucreciano. Pero, si es así, ¿para qué la vida? Esta cuestión parece estar orquestando de fondo los versos del vate. Para contestarla, recurre, a modo de remedio, a un filósofo que propondría lo mismo que Lucrecio, mas con el vitalismo como solución, que es Nietzsche. Por este motivo, en la penúltima

estrofa escribe Lara Garrido: “Me temo, materialista, / que a tu credo lucreciano / le falta la consistencia / de un catecismo nietzscheano”. Esto no ensombrece la figura de Lucrecio como prestidigitador de este tipo de pensamientos —hace ya más de dos milenios—, sino que, por el contrario, la complementa y, por esta razón, es una apostilla esencial.

Finamente, la última sección de *Baraja de complementarios* es la de “Apostillas de dos complementarios de incierta cronología admiradores de la *Ética* de Espinosa”. En ella surgen unas consideraciones sobre el Dios de Espinosa que le sirven a Lara Garrido como entrada a la cuestión que, a mi juicio, pretende tratar, que es sencillamente la falta de viveza del racionalismo cartesiano y del cristianismo. Para el autor Espinosa es un bálsamo contra esas ideas resacas, sin pasiones de las que nos nutrimos y vivimos los seres humanos. Es gracias a la ética por la que las pasiones son enseñadas sin necesidad de romper con ellas, formando una unidad total en la vida del ser humano. Solamente así este ser logra conquistar la libertad. Por eso, cuando se alcanza ese equilibrio humano con las pasiones que han sido educadas, la vida se vuelve una bella sinfonía. En este no dejaría de resonar un arpeggio, que es la libertad, bajo la que se mueve el verso final de la obra: “Toma de ti mismo el mando”. Eso es lo que a la Lara Garrido parece atraerle de la propuesta de Espinosa: la libertad, el tema fundamental de toda poesía y de toda filosofía.

En conclusión, la obra de José Lara Garrido ha nacido del matrimonio entre la poesía y la filosofía. No es solo la dedicación para escribirla, como demuestran sus versos y su métrica, sino también para pensarla, como muestran sus agudas críticas y puntos de unión con otros autores. Esto la constituye como una lectura indispensable para los amantes de la poesía y de la filosofía, gustosa de paladear y reflexionar, pues, como se dijo, al inicio, *Baraja de complementarios* es una metáfora en sí misma. Ahora bien: si la vida fuera realmente un juego de cartas, el que leyese este libro tendría una muy buena mano. La garantía viene de parte de alguien que, tal y como muestran sus páginas, ha vivido y reflexionado. A fin de cuentas, como expresaba Alonso Quijano, “el que lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho”.

ANDRÉS ORTIGOSA PEÑA
Universidad de Málaga (España)
ortigosaandres@gmail.com